

*Revista de Indias, 1987, vol. XLVII, núm. 180***NOTA CRITICA SOBRE LAS COLECCIONES DE VIAJES  
DE LA EDITORIAL SERBAL****INTRODUCCIÓN**

De un tiempo a esta parte, y parcialmente impulsado por la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, se ha puesto de moda la edición de libros de viajes, o trabajos sobre viajes, exploraciones y descubrimientos, en el panorama editorial español. En esta línea, e impulsado por la inserción de nuestra comunidad científica en las coordenadas internacionales, la editorial Serbal de Barcelona ha iniciado dos colecciones sobre este género con la intención de introducirnos en el conocimiento general de la naturaleza: geografía, historia natural, expediciones y viajes científicos, etc., reuniendo en principio una lista de obras extranjeras a las que han ido tomando el relevo trabajos españoles, más especialmente catalanes.

El libro de viaje como género literario aparece de la mano de la Ilustración, aunque debemos contar con un tipo de relación de viaje de carácter preilustrado, que nos viene dado por la continuidad de los relatos que corren a cargo de los cronistas, los diplomáticos y funcionarios, los evangelizadores americanos, etc. Viajar es una ocupación importante en el siglo XVIII; y lo es, no sólo socialmente, sino desde el punto de vista del despliegue intelectual del siglo. El viaje proporciona al ejercicio de la razón la primera materia de la realidad o de las muy diversas realidades, sentando las bases de diversas ciencias que ya venían intuyéndose gracias, fundamentalmente, a las aportaciones de los españoles en su choque con el complejo mundo americano: la sociología, la antropología, la etnología, la psicología, etc.

Así pues, el hombre del siglo XVIII viaja en primer lugar para conocer al hombre, no sólo para ver países y tierras, lo que le diferencia del viajero romántico: le interesa sobre todo el hombre, en abstracto, y en segundo lugar para ilustrarse y emplear esa ilustración en el mejor régimen de la vida pública y privada, objeto que se persigue en la observación de las relaciones físicas, morales y civiles de los otros. Ilustrarse sobre la vida del hombre y filosofar con la experiencia por delante, he ahí el motivo del viaje ilustrado. Además, y con proyección no ya sobre el siglo de las luces sino esencialmente sobre el siglo romántico, se va a viajar más tarde con el fin de ponerse en contacto con lo desconocido, con lo exótico, con la naturaleza distinta, y descubrir su puro y libérrimo espectáculo.

Para llevar a cabo todos estos propósitos, los viajeros de los siglos XVIII y XIX van a correr una verdadera aventura personal, llena de riesgos, fatigas y trabajos innumerables, soportando toda suerte de incomodidades y sacrificios.

## Colección «Viajes, exploraciones, descubrimientos»

- Núm. 1 Jacques BROSE: *La vuelta al mundo de los exploradores. Los grandes viajes marítimos (1764-1843)*, 232 págs., 210 ilus., 8 mapas.
- Núm. 2 Peter A. CLAYTON: *Redescubrimiento del antiguo Egipto. Artistas y viajeros del siglo XIX*, 192 págs., 175 ilus.
- Núm. 3 Fani-María TSIGAKOU: *Redescubrimiento de Grecia. Viajeros y pintores del Romanticismo*, 208 págs., 173 ilus.
- Núm. 4 Kurt Ross (Comentarios): *El Códice Mendoza*, 124 págs., 180 ilus.
- Núm. 5 Michael WRIGHT: *Manual de plantas de jardín*, 542 págs., 260 lam.

## Colección «Libros del buena andar»

- Núm. 1 Alan MOOREHEAD: *Darwin: La expedición en el Beagle (1831-1836)*, 240 págs., 193 ilus.
- Núm. 2 Richard E. LEAKEY: *La formación de la humanidad*, 256 págs., 150 ilus.
- Núm. 3 Douglas BOTTING: *Humboldt y el cosmos: Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, 264 pág., 160 ilus.
- Núm. 4 Eric LINKLATER: *El viaje del Challenger (1872-1876)*, 272 pág. 239 ilus.
- Núm. 5 Arthur R. STEELE: *Flores para el rey: La expedición de Ruiz y Pavón y la «Flora del Perú» (1777-1787)*, 348 págs. 164 ilus.
- Núm. 6 Wilfrid BLUNT: *El naturalista: Vida, obra y viajes de Carl von Linné (1707-1778)*, 272 págs. 209 ilus.
- Núm. 7 Lawrence DURRELL: *Las islas griegas*, 286 págs. 104 ilus.
- Núm. 8 Robert R. MILLER: *Por la ciencia y la gloria nacional: La expedición científica española a América (1862-1866)*, 256 págs., 218 ilus.
- Núm. 9 Daniel BEHRMAN: *Asalto a lo desconocido: La expedición internacional al océano Indico (1959-1965)*, 216 págs., 142 ilus.
- Núm. 10 John HEMMING: *En busca de El Dorado*, 272 págs., 160 ilus.
- Núm. 11 Justin KAPLAN: *Mark Twain y su mundo*, 224 págs., 160 ilus.
- Núm. 12 Xavier LOZOYA: *Plantas y luces en México: La real expedición científica a Nueva España (1787-1803)*, 224 págs., 186 ilus.
- Núm. 13 ———: *Los viajes del capitán Cook (1768-1799)*, 384 págs., 180 ilus.
- Núm. 14 Hugh HODGKINSON: *Los Pirineos: Estructura, fauna, flora, arte, rutas. Vademécum de viandantes*, 224 págs., 137 ilus.
- Núm. 15 Carmen DE REPARAZ: *Yo sólo: Bernardo de Gálvez y la toma de Pensacola en 1781*, 272 págs., 125 ilus.
- Núm. 16 José María Díez BORQUE (Compilación): *Teatro y fiesta en el Barroco: España e Iberoamérica*, 190 págs., 40 ilus.
- Núm. 17 Alan MOOREHEAD: *El Nilo Azul*, 320 págs., 185 ilus.
- Núm. 18 Luis URTEAGA: *La tierra esquilmadora: La conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*, 224 págs., 91 ilus.
- Núm. 19 Lily LITVAK: *Viaje al interior de Persia. El itinerario de Rivadeneyra (1874-1875)*, 224 págs., 140 ilus.
- Núm. 20 Antonio LAFUENTE y Antonio MAZUECOS: *Los caballeros del punto fijo: Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al Virreinato del Perú en el siglo XVIII*, 256 págs., 140 ilus.
- Núm. 21 Pedro FRAILE: *Un espacio para castigar: La cárcel y la ciencia penitenciaria en España (siglos XVIII-XIX)*, 224 págs., 125 ilus.

## ANALISIS DE LAS COLECCIONES DE VIAJES DE LA EDITORIAL SERBAL

Es de agradecer la labor en la que se ha empeñado la editorial Serbal para presentarnos, con exquisita belleza y esmero, dos nuevas colecciones sobre un tema tan apasionante: *Viajes, exploraciones, descubrimientos* y *Libros del buen andar*. No es mi intención aquí llevar a cabo un análisis exhaustivo de cada uno de los volúmenes, sino más bien un comentario general de ambas colecciones.

Sin duda alguna se trata de un gran esfuerzo editorial en el que no se han escatimado medios, como lo demuestran su excelente presentación y la densidad de las ilustraciones, tanto a media como a una página. La editorial ha intentado conjugar el éxito de ventas con la publicación de obras de alta calidad científica e histórica, lo que no le ha sido posible conseguir siempre. Este intento es el que ha provocado, en mi opinión, un importante defecto en ambas colecciones: carecen por completo de un criterio de selección que las homogeneice, de forma que se produce una heterogeneidad tal que en lugar de enriquecer produce confusión. El tamaño de los libros es distinto, carecen de numeración, abarca todos los períodos históricos y las zonas geográficas más diversas, así como los contenidos más dispares, hasta dar la sensación de que cada libro pertenece a una colección distinta. A esta deficiencia hay que sumarle una serie de pequeñas imperfecciones fácilmente subsanables: la colocación de las notas al final de la obra, el excesivo número de ilustraciones y la irregularidad en la calidad de los trabajos. No intento con esto, ni muchísimo menos, detraer méritos a unas colecciones que enriquecen considerablemente el panorama científico y editorial español. La editorial Serbal ha dado la pauta y está marcando con ambas colecciones un hito en lo que a obras sobre viajes y expediciones se refiere, colocando a nuestro país en un escalón que le sitúa de igual a igual con el resto de las naciones desarrolladas en este tipo de obras. Precisamente por la importancia que posee es por lo que he querido exigirles mucho más, especialmente en lo que hace referencia al criterio homogeneizador de las colecciones; pues, aunque como señalé al principio de esta nota, la intención profunda de las colecciones es, como parece poder percibir el lector atento, el conocimiento de la naturaleza, lo cierto es que la editorial las presenta como de expediciones científicas, descubrimientos y exploraciones.

### 1. Colección «*Viajes, exploraciones, descubrimientos*»

La colección *Viajes, exploraciones, descubrimientos* está formada por cinco libros de diverso formato, de los que solamente tres están relacionados específicamente con el tema de los viajes y las exploraciones. *La vuelta al mundo de los exploradores. Los grandes viajes marítimos (1764-1843)*, de Jacques Brosse, es un claro ejemplo de la historiografía francesa en este punto. Describe más de veinte grandes viajes franceses, ingleses, rusos y norteamericanos que se sucedieron desde 1764 hasta 1843, basándose en los diarios de a bordo, cuidadosamente comentados y anotados. Olvida por completo toda la amplia

gama de viajes españoles, algunos de los cuales son de una magnitud equiparable a pesar del desconocimiento casi absoluto por el gran público gracias a obras de la historiografía francesa, y en menor grado inglesa, como ésta. No es éste el momento de enumerar algunas de las grandes exploraciones españolas del siglo XVIII, pero ante la imposibilidad de morderme la lengua, y como botón de muestra, basten las siguientes: Malaspina en su periplo atlántico y pacífico, Ruiz y Pavón y Mutis por la América Meridional, o Sessé y Mociño en el Virreinato de Nueva España, algunas de las cuales han merecido una obra aparte en la colección *Libros del buen andar* de la propia editorial Serbal.

*Redescubrimiento del antiguo Egipto. Artistas y viajeros del siglo XIX* es el número 2 de la colección. Tras una buena introducción histórica bastante completa de los viajeros del siglo XVIII, el libro adopta la forma de un diario de viaje Nilo arriba, desde Alejandría por Giza, Menfis, Saqqara, Luxor, Karnak y el Valle de los Reyes hasta Nubia, terminando en Abu Simbel, en compañía de los más importantes artistas y escritores: el arquitecto Charles Barry, los pintores David Roberts y Edward Lear, los escritores Belzoni, Lepsius, Flaubert, Amelia Edwards y otros muchos que visitaron y se enamoraron de su paisaje y de sus ruinas, investidas de un aura romántica que aún hoy se cierne sobre ellas.

En la misma línea y con un título bastante similar tenemos también *Redescubrimiento de Grecia. Viajeros y pintores del Romanticismo*, en el que Fani-Maria Tsigakou recrea la realidad y el mito de Grecia según lo percibieron, reflejaron y modelaron para la posteridad pintores, arquitectos, arqueólogos y escritores de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, que recorrieron el país explorando y catalogando —también expoliando, aunque lo pase por alto el autor— los templos y demás lugares antiguos, el paisaje y las gentes, sus costumbres y vestimentas. La dedicación a Grecia de lord Byron fue un ejemplo típico de este interés que inspiró a muchos seguidores, anhelantes de un clasicismo que el romanticismo tiñó de exotismo. Las ilustraciones, muchas de las cuales se reproducen por primera vez, de más de cuarenta lugares es uno de los méritos más importantes de esta obra.

Junto a estas tres obras, carentes de numeración aunque los hayamos presentado por su orden de aparición según catálogo, nos encontramos con otras como *El códice Mendoza*, el manuscrito pintado azteca preparado con el respaldo del primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, de quien toma el nombre, para ser enviado al emperador Carlos V; y, lo que es aún más asombroso con otra obra titulada *Manual de plantas de jardín*, que no es sino una guía de campo que sirva de ayuda a los amantes de las plantas para identificar los centenares de éstas en un jardín o en un vivero.

## 2. Colección «Libros del buen andar»

De los mismos defectos adolece la colección *Libros del buen andar*. Al igual que la anterior carece de numeración, pero al menos el tamaño de los libros es siempre el mismo. En cuanto a los períodos históricos que abarca, aquí el problema es aún más grave, ya que en la colección anterior, al ser los libros más generales, comprendían períodos históricos considerablemente más amplios; sin embargo en ésta, al ser obras más específicas y desconocer el criterio temporal que se sigue se produce una considerable confusión. Si exceptuamos la obra de Leakey *La formación de la humanidad*, por no hacer

referencia a los libros específicamente de viajes, comprobaremos que la colección engloba un período histórico que va desde mediados del siglo XVI hasta 1965. Encontramos un viaje del siglo XVI, seis del XVIII, uno a caballo entre el XVIII y el XIX, cuatro del XIX y uno del siglo XX. Por lo que se refiere a las zonas geográficas, los defectos son continuación de la anterior, aunque predominando el ámbito americano.

a) *Obras escasamente relacionadas con los viajes*

Sin embargo, el gran problema sigue siendo la falta de un criterio que defina la intención de la colección. Podemos encontrar entre libros típicos de viajes y expediciones específicas —*La expedición en el «Beagle»*, *El viaje del «Challenger»*, *La expedición de Ruiz y Pavón*, *La Real Expedición Científica a Nueva España*— otros con temas de lo más variopinto: el ya mencionado *La formación de la humanidad*, en el que Richard Leakey cuenta su propia experiencia en la búsqueda del origen del hombre, a través de los trabajos arqueológicos y del estudio de las sociedades más próximas al hombre primitivo; *Las islas griegas*, en las que el autor, Lawrence Durrell, que vivió en ellas durante mucho tiempo, dando un salto atrás rememora su estancia e intenta contestarse a dos preguntas: ¿Qué le hubiera gustado saber cuando se encontraba allí? y ¿Qué aspecto lamentaría haber pasado por alto?; *Mark Twain y su mundo*, en la que se sigue a este literato estadounidense durante su dilatada y activa vida como impresor, soldado, buscador de oro, periodista, conferenciante, editor, investigador y hombre de negocios, lo que le hizo moverse continuamente de un lado para otro de los Estados Unidos; *Yo sólo: Bernardo de Gálvez y la toma de Pensacola en 1781*, no es sino un relato puntual de uno de los más singulares episodios de la historia militar española: la conquista de Pensacola, inexpugnable plaza fuerte británica situada en la costa sur de Florida y pieza esencial en la estrategia defensiva inglesa durante la guerra de la independencia norteamericana; *Teatro y fiesta en el Barroco: España e Iberoamérica*, en el que José María Díez Borque nos presenta el Barroco como el gran momento de esplendor de las fiestas públicas, surgidas del poder civil y religioso, y por lo tanto el gran momento de asentamiento y magnificencia del teatro público, hasta el punto de entrar a formar parte de las expectativas normales de la vida diaria del siglo XVII; *Un espacio para castigar: La cárcel y la ciencia penitenciaria en España (siglos XVIII-XIX)*, en el que se analiza la prisión como un instrumento más dentro de una estrategia global de dominación, pero con matices distintos a los de siglos atrás. Dentro del avance cualitativo que la ciencia y el conocimiento tuvieron en el Siglo de las Luces, el castigo no podía quedar ajeno a la misma dinámica y, desde los mismos ilustrados, se empieza a construir un discurso especializado que sienta las bases de la nueva ciencia penitenciaria en la que adquieren importancia insospechada elementos nuevos: la reinserción en la colectividad, como ejemplo de la eficacia del sistema, y el espacio penitenciario, esto es, el emplazamiento y la morfología de los establecimientos penales; y, por último, el más sorprendente de todos, *Los Pirineos: Estructura, flora, fauna, arte, rutas*, en el que Hugh Hodgkinson, después de describir el medio ambiente natural y explicarnos la historia geológica y formación de la cordillera, nos introduce en el ecosistema, para terminar con el hombre, al que dedica toda la segunda parte del libro, a través de un repaso histórico que va desde la Prehistoria hasta el devenir político de esta zona fronteriza.

b) *Obras con una relación tangencial con los viajes científicos ilustrados*

A estas siete obras se suman otras tres que tampoco son específicamente de viajes, aunque sí están de alguna forma relacionados con éstos en el período ilustrado, como son las de Douglas Botting, Wilfrind Blunt y Luis Urteaga. La obra de Botting, *Humboldt y el cosmos: Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, traza el semblante del científico, explorador y diplomático alemán, centrándose fundamentalmente en su largo viaje por América —en especial la América hispana—, en el que recogió una ingente cantidad de datos a lo largo de los cinco años que duró la expedición; así como a los treinta años que dedicó, al regreso de su viaje, para completar y publicar su gran obra. El mayor defecto que se puede achacar a esta obra, y en el que incurre también la siguiente, es la falta de aparato crítico, con lo que desconocemos la procedencia de las fuentes utilizadas. En *El naturalista: Vida, obra y viajes de Carl von Linné (1707-1778)*, Blunt realiza magistralmente un relato ameno y divertido de Linneo como hombre, de sus aventuras en su exploración por Laponia, de su vida familiar y de las relaciones con sus discípulos, corresponsales y amigos —entre los que no se olvida de mencionar a don José Celestino Mutis—, además de sus logros científicos. Es muy de agradecer que el autor nos presente en un apéndice el método, nomenclatura y clasificación linneanos, el más importante de sus trabajos, realizado para esta edición por William T. Stearn, uno de los máximos especialistas en la materia. Sin embargo, es una pena que incurra en el defecto ya señalado al comentar el libro anterior. Por último, la obra de Urteaga, *La tierra esquilada: la conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*, es un interesantísimo libro en el que se pasa revista a las doctrinas conservacionistas de la ilustración española, partiendo de la consideración de algunos aspectos del impacto ambiental de la época: la deforestación, el incremento de las tierras roturadas, la introducción de las nuevas artes de pesca, todo lo cual trae consigo unas mutaciones profundas en los valores y las ideas que se tenían hasta entonces sobre la naturaleza, y quedan como resultado una preocupación latente en determinados medios ilustrados, que intentan dar soluciones ante el progresivo deterioro del medio natural con vistas a una explotación equilibrada de los recursos naturales.

c) *Obras estrictamente relacionadas con viajes y expediciones*

Así, pues, sobre una colección formada por un total de veintiún títulos, únicamente once tratan estrictamente algún viaje o expedición, y no todos de la misma manera, como veremos más adelante. De ellos, nueve son de los siglos XVIII y XIX, centrándose en una temática puramente científica: expediciones botánicas, ideológicas, hidrográficas, geográficas, oceanográficas, etcétera.

El primer volumen de la colección, *Darwin: la expedición del Beagle (1831-1836)*, narra el período de Charles Darwin a bordo del Beagle, un bergantín que el Almirantazgo inglés enviaba en viaje de exploración alrededor del mundo, y que a lo largo de cinco años visitó Brasil, Uruguay, Argentina, las islas Galápagos, Tahití, Nueva Zelanda, Australia y otros muchos países e

islas. El largo periplo significó para Darwin, amén de una extraordinaria aventura, el nacimiento de una concepción nueva sobre el origen y evolución de las especies, que iba a significar una revolución. En esta misma línea de relato le sigue la obra de Eric Linklater, *El viaje del Challenger (1872-1876)*, una expedición de gran importancia cuyo objetivo era cartografiar las profundidades, investigar el movimiento y contenido de los mares, explorar los océanos en busca de organismos marinos, de pistas de fenómenos climáticos y de minerales. La obra, pese a su interesante contenido y a la exquisita calidad de sus ilustraciones —una constante en toda la colección—, se hace bastante pesada a la hora de leerla.

Con el número cinco de la colección, *Flores para el rey: la expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788)*, de Arthur R. Steele, se abren las puertas a las expediciones españolas del siglo XVIII. Steele revive la historia de la fascinante aventura de Ruiz y Pavón, con una pluma ágil y bien documentada, desde los días de la recolección de especímenes, en la América meridional, hasta los años de frustración experimentados por los dos botánicos a su regreso a España. A todo esto añade una esclarecedora introducción sobre los antecedentes de la botánica y su penetración, cada vez con más fuerza, en la España ilustrada, poniendo de manifiesto sus buenos fundamentos históricos y su gran conocimiento de este tema concreto al que dedicó su tesis doctoral.

Le siguen en la temática de los viajes científicos españoles del siglo XVIII dos de considerable magnitud. La obra de Lozoya, *Plantas y luces en México: la real expedición científica a Nueva España (1787-1803)*, en la que nos presenta esta gran expedición ilustrada como continuadora de la emprendida por Francisco Hernández en el siglo XVI. Fue una de las más largas expediciones, con un itinerario extensísimo, que ocupó desde California y las costas del actual Canadá hasta Centroamérica y las islas del Caribe, y unos amplísimos propósitos, que abarcaron desde la recolección de plantas y levantamientos cartográficos hasta la creación de un Jardín Botánico en México. Se trata probablemente de una de las obras más flojas de toda la colección. Sin embargo, es la única cuyas notas van a pie de página. *Los caballeros del punto fijo: ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispano-francesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII* es un excelente libro de Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, que por su sugerente título ya merece le pena ser leído. En él se narran las aventuras personales y los trabajos geodésicos y de otro tipo llevados a cabo por los importantes hombres de ciencia que formaron la expedición, entre los que se encontraban los tenientes de navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa. La obra permitirá entender este viaje como empresa universal y como gloria nacional, como herencia de un mundo clásico que asombra a la Europa del setecientos, como empresa de la razón y como hazañas de la aventura.

Entre los viajes españoles, pero no ya del siglo XVIII, encontramos dos obras de períodos e intenciones bien dispares: *Por la ciencia y la gloria nacional: la expedición científica española a América (1862-1866)* y *En busca de El Dorado*. En la primera, Robert Miller nos presenta en un estilo positivista muy descriptivo la aventura corrida por la conocida como Comisión Científica del Pacífico, formada por siete naturalistas y un fotógrafo. La obra, bastante bien documentada, se apoya en las cartas y diarios de los participantes, así como en los documentos oficiales, diarios de a bordo y artículo y noticias periodísticas, para relatarnos las peripecias de estos hombres que atravesaron la pampa argentina, cruzaron los Andes, analizaron los depósitos de minerales

del desierto de Atacama, excavaron yacimientos arqueológicos desde la Patagonia a Panamá, visitaron minas y bosques de secoyas en California y navegaron a lo largo del río Amazonas. Todo ello, para enviar a España cerca de 82.000 muestras de la historia natural americana, mamíferos raros, conchas, plantas medicinales, útiles indios, minerales, insectos, aves exóticas y una cantidad ingente de noticias sobre gentes de las más diversas culturas. En *En busca de El Dorado*, John Hemming investiga los objetivos de cada uno de los conquistadores involucrados en la carrera en busca del oro, con la vista puesta en ricas tierras por descubrir; describiendo lo más precisamente posible la personalidad de éstos con la ayuda de fuentes coetáneas. Intenta así demostrar cómo y cuándo surgió la leyenda que hablaba de un cacique que cubría su cuerpo desnudo con polvo de oro durante una ceremonia que tenía lugar en un lago sagrado.

Cuatro últimos libros en los que se narran viajes y expediciones, uno de ellos español, completan la colección hasta el momento. Por orden cronológico son los siguientes: *Los viajes del capitán Cook (1768-1799)*, en el que A. Grenfell Price realiza una selección bastante reducida de los diarios originales, intentando reflejar a través de las palabras del propio Cook, la personalidad y la humanidad de este gran marino inglés. El mayor defecto de la obra viene dado por la no utilización de las comillas, con lo cual es imposible diferenciar las palabras del propio Cook de las de Grenfell. La segunda obra es *El Nilo Azul*, en la que Alan Moorehead describiendo el escenario que se presenta ante nuestros ojos desde las altiplanicies de Etiopía hasta el mar, a través de Sudán y Egipto, rememora a los más importantes viajeros de finales del siglo XVIII y de todo el XIX, que se enamoraron de este mágico país. Menos descriptivos e históricamente más serios son los dos libros que restan: *Viaje al interior de Persia. El itinerario de Rivadeneyra (1874-1875)* y *Asalto a lo desconocido: la expedición internacional al Océano Índico (1959-1965)*. En la primera obra, Lily Livak nos enseña la Persia del siglo XIX vista por don Adolfo de Rivadeneyra, vicedónsul de España, que tras aprender el idioma emprendió un viaje por el interior del país. De ese recorrido nos ha dejado una muy documentada y apasionante crónica, que la autora ha resumido lo mejor posible intentando conservar lo mejor de la misma, cosa difícil de adivinar sin tener a nuestra disposición el diario original. La expedición al Océano Índico, una de las más importantes expediciones del siglo XX realizada en cooperación internacional, perseguía como fin científico explorar dicho océano para verificar determinadas hipótesis en las que ya venía trabajando la comunidad científica internacional. El libro presenta, dentro de un estilo más periodístico que histórico, la dimensión humana de la exploración: las vivencias personales, los éxitos y los fracasos, las controversias y la pasión que suscita la investigación científica.

#### IMPERFECCIONES FÁCILMENTE SUBSANABLES

Con lo dicho hasta aquí espero haber conseguido mi propósito en el sentido de presentar un comentario general de ambas colecciones, presentando lo que considero su más importante defecto, pero a la vez alabando el gran esfuerzo editorial que representan. No quiero terminar, sin embargo, sin hacer un breve comentario en lo que al principio de esta nota he denominado como pequeñas imperfecciones, algunas de ellas muy fácilmente subsanables.

En primer lugar, sería de todo punto deseable que las notas se presentaran a pie de página, pues no son otra cosa que un complemento del texto, que debe estar lo más próximo posible a éste. Considero que las notas no son otra cosa que una explicación y un apoyo documental de aquello que está exponiendo el autor; y siendo el texto lo más importante de la obra, no tiene sentido que ésta carezca de esta apoyatura lo más cercana posible cuando este detalle no falta en cada una de las ilustraciones, cuyos pies de foto no aparecen en una lista al final de cada capítulo, sino donde deben de estar y su propio nombre indica. Da la sensación de que la idea que los editores han tenido sobre el aparato crítico ha sido ciertamente baladí. Las notas quedan arrinconadas al final del libro, junto a los índices y la bibliografía, e incluso detrás de éstos, siendo muy poco accesibles: no sólo están al final de cada capítulo —aunque insisto que lo deseable es a pie de página—, con lo que serían más sencillas de localizar, sino que encima no llevan numeración correlativa para la totalidad de la obra, lo que hace más difícil aún su búsqueda. Primeramente hay que localizar el apartado de notas al final de la obra, para a continuación encontrar el capítulo que nos interesa y, dentro de éste, la nota en cuestión, hecho lo cual hay que volver a la página que se estaba leyendo.

El que no ocurra lo mismo con las ilustraciones, láminas y demás fotografías, perfectamente descritas y documentadas —«Panamá desde el castillo de Chiriqui. Dibujado por José Cardero, miembro de la expedición Malaspina. Museo Naval. Madrid, Ms. 1723-10», por poner un ejemplo de un pie de foto, y probablemente de los más cortos, ya que algunos ocupan hasta media página— y la considerable cantidad de ellas nos lleva al segundo asunto. La importancia de las ilustraciones parece ser mayor que la del texto. Así se desprende del peso específico que tienen en las obras: cada una de ellas abarca, entre ilustraciones a doble página, una, media y cuarta, aproximadamente una setenta páginas, lo que supone en las obras de mayor grosor no menos de un treinta por ciento del volumen completo, llegando en las obras más pequeñas a superar el tercio. No quiero decir con todo esto que no sean necesarias las ilustraciones, todo lo contrario. Considero que éstas enriquecen considerablemente los textos, pero es necesario saber contenerse y diferenciar lo sustancial de lo accesorio y lo complementario: no debe olvidarse que lo verdaderamente importante de estas obras es el texto; entramos así en el último aspecto sobre el que quería llamar la atención.

No es este el momento de hacer una valoración detallada de cada una de las obras que conforman estas colecciones, ya lo he indicado al principio. Sin embargo, sí quiero poner de manifiesto, enlazando con lo dicho en el párrafo anterior, la sensación de extrañeza que he tenido al aproximarme a estos libros, a algunos de los cuales les he dedicado bastante tiempo, por la inmensa variedad e irregularidad de sus textos frente a la perfecta homogeneización e ímpoluta calidad de sus láminas. Esto es, inmensas diferencias en los contenidos e intenciones —ya he hecho mención a esto último largamente— y sobre todo en la valía de los libros, frente a una línea precisa y clara y una calidad verdaderamente excepcional en lo que a las ilustraciones, presentación y esmero editorial —excelentes traducciones— se refiere.

Por este motivo podemos encontrar obras de carácter periodístico y casi novelero, lo que no quiere decir que se pierda el realismo y la calidad, divulgación y cientifismo deben ser complementarios y no contrarios; resúmenes de diarios, algunos, como el del capitán Cook, realmente flojos y con defectos muy graves, perdiéndose una oportunidad de oro; espléndidas memorias,

aunque sin mucho relación con los viajes, como es la de Lawrence Durrell; biografías de lo más variadas en contenido y tratamiento; pero, sobre todo, obras de una calidad excepcional, provenientes en su general de tesis doctorales o de serios estudios de los autores, junto a otras realmente flojas, que no llegan ni siquiera a la categoría de buenos resúmenes pedagógicos. Pero esto sería tema para una recensión individualizada y no cabe en esta nota, que ya se ha hecho demasiado larga. No quiero terminar, sin embargo, sin hacer mención al menos a aquellas obras que dentro de la colección *Libros del buen andar* considero de excepcional calidad: las obras de Steele, Urteaga, Lafuente y Fraile; excepción hecha de la primera, estas tres se encuentran entre las cuatro últimas publicadas, lo que indica la excelente marcha de esta colección.

ANGEL GUIRAO DE VIERNA

## DOS EJEMPLOS CLASICOS PARA EL ANALISIS DE EXPEDICIONES: SMITH Y BEAGLEHOLE (1)

La reedición en 1985 de un clásico de la historia del arte, algo corregida, actualizada y mejorada en sus ilustraciones merece una especial atención en un volumen monográfico como éste. La pertinencia de reseñar semejante obra es tanto mayor cuanto que en España, todos aquellos trabajos que se han publicado sobre los dibujos y pinturas de las expediciones científicas promovidas por la corona española, han abordado el tema de un modo muy general o de catálogo. Es por ello también, por lo que la presente noticia crítica centra su atención en los primeros capítulos de la obra (es decir, aquellos que se dedican al siglo XVIII y a los viajes más parecidos o cercanos a los españoles).

Asimismo, la estructura en la que el autor desarrolla su «trama intelectual» facilita el fraccionamiento de mi propio análisis. De hecho, Smith considera necesario desarrollar los dos temas de un modo paralelo, ya que ambos se iluminan entre sí, y muestran con mayor claridad las relaciones que durante los siglos XVIII y XIX tuvieron el arte y la ciencia. Estas no fueron ni tan sencillas como los coleccionistas pueden pensar, ni tan libres de influencias de una disciplina sobre la otra como muchos especialistas puedan legítimamente creer. Semejantes posturas se deben, en gran parte, al estadio inicial de estos estudios en muchos ámbitos académicos del mundo, así como a la necesidad primera de divulgar unas expediciones, y sus correspondientes documentaciones, absolutamente desconocidas para el público. Sin embargo, más allá de consideraciones sobre el panorama de los estudios de historia del arte y de la ciencia en las expediciones científicas ilustradas, es hora de abordar el contenido de la obra aquí reseñada.

El primer tema que trata Smith, fundamental para nosotros, aborda el desarrollo de las ciencias y del estilo pictórico ante el impacto de la realidad del Pacífico durante el período 1750-1850 y, más concretamente, la evolución de la pintura (paisajística, de costumbres y retratos) ante los preliminares del surgimiento de la teoría de la evolución orgánica y la intensa colaboración de la pintura en la ciencia. La segunda mitad del siglo XVIII asistió a un fuerte desarrollo de las técnicas y modos de clasificación características de las ciencias empíricas. Según Smith, «Una condición esencial para el progreso de

---

(1) Bernard SMITH: *European Vision and the South Pacific*. Yale University Press (New Haven, Conn. 1985, 2.ª ed.), XIII + 370 págs., ilustr., index, bibliog., 29,5 × 22 cm. John C. BEAGLEHOLE: *The Life of Captain James Cook*. Stanford University Press (Stanford, Ca., 1974), XI + 760 págs., ilustr., index, Bibliog., 24,5 × 16 cm. Se han seleccionado dos obras clásicas dentro de los ámbitos tradicionales de las humanidades que se han dedicado al estudio de las expediciones, con el objeto de mostrar posibles, y deseables, sendas a seguir.

esas nuevas ciencias fue la recolección de evidencias en todas las partes del mundo. Por consiguiente, los viajes científicos al Pacífico tuvieron un importante papel en sus programas (...). (...), hicieron amplio uso de los dibujantes como apoyo en la descripción del material observado o recogido. (...) Una gran parte del ingenio artístico entre 1750 y 1850 estuvo sirviendo a las ciencias biológicas tal como ellas pretendían, para perfeccionar las fases descriptiva y sistemática de sus respectivas disciplinas" (pág. 3). A este empeño le dedica los capítulos 1 a 5, 7, 11 y 12 (2). Los dibujantes tienen que ocuparse de aquello que «ven» y acentuar los elementos de historia natural que están siendo estudiados por los «científicos» viajeros. Tienen, además, que relacionar esos objetos con el entorno; un entorno extraño para ellos en el que retratar no menos peculiares hombres, animales y vegetales. La influencia del estilo, los cánones clásicos, las referencias cultas a cuadros históricos o imágenes conocidas en la Europa ilustrada son obvias para Smith. Todo ello va conformando un nuevo panorama de pensamiento y técnica pictórica favorable, cuando no desencadenante, de la teoría de la evolución orgánica. La evolución, tal y como la esboza Darwin a mediados del XIX acentúa, como la «nueva» pintura en las expediciones, la variabilidad, la relación con el entorno, el concepto integrado y dinámico de la naturaleza. ¿No es este paso, que tiene claros precedentes teóricos durante estos años, un paso más en la «evolución» de la Ciencia y la pintura?

El segundo tema se refiere al surgimiento y desarrollo de la pintura australiana. El énfasis teórico de esta «segunda parte» es menor y depende de la primera como derivación lógica de la misma. Es abordado en los capítulos 6, 8, 9 y 10 (3); muestra cómo la construcción de la colonia, sus relaciones con el entorno, bagaje cultural y legitimación del mundo están íntimamente relacionados con el surgimiento de una pintura autóctona muy conectada con el arte nacido en y de las expediciones científicas. Ahora bien, es necesario indicar que su tratamiento, desde nuestra perspectiva europea y como ya habíamos señalado, es secundario aunque ilumina y da profundidad a la cuestión analizada en la obra.

En cuanto al resto de la estructura formal del libro, hay que valorar sobre los demás, en mi opinión, las ilustraciones. Numerosas y generalmente indispensables como apoyo a la argumentación de Smith, son un elemento inapreciable para conferir profundidad y nuevas dimensiones a su obra. Puede parecer que, por ejemplo, su negación de objetividad en el pintor que retrata la realidad es algo exagerada. Sin embargo, cuando observamos las grandes diferencias fisionómicas que un mismo nativo tiene en dos retratos hechos en el mismo año por distintos pintores (me estoy refiriendo a las ilustraciones de las págs. 81 y 96, que son dos retratos de Omail) (4) no sólo tomamos

(2) 1. Preliminares, el Europeo y el Pacífico; 2. El Primer Viaje de Cook; 3. El Segundo Viaje de Cook; 4. El Tercer Viaje de Cook; 5. Reacciones europeas ante el Pacífico, 1788-1802; 7. La Exploración en los Mares del Sur y el Paisaje Típico, 1800-20; 11. El Salvaje Innoble y el Salvaje Romántico, 1820-50, y 12. El Triunfo de la Ciencia, 1920-50.

(3) 6. Asentamiento en Port Jackson, 1788-1800; 8. Reacciones Británicas a la Naturaleza Australiana, 1800-21; 9. Interpretaciones Coloniales del Paisaje Australiano, 1821-35, y 10. Arte, Ciencia y Afición en Australia, 1835-50.

(4) El capitán Furneaux llegó en julio de 1774 a Londres tras su exploración del Pacífico con un nativo en su compañía. Su nombre era Omai y era de Huahine (Tahití), causó una gran sensación en los círculos cultos y de alta sociedad en Inglaterra y fue objeto de numerosas atenciones, así como de no menos numerosas poesías, obras de teatro y retratos. Fue retornado a

más en serio sus afirmaciones, sino que además nos obliga a reconsiderar, cuando menos, nuestros propios planteamientos sobre expediciones españolas. La aportación gráfica es tan oportuna que hay momentos en los que el lector desea, al menos este fue mi caso, una mayor proximidad espacial. Ahora bien, ¿no sería posible una mayor proximidad espacial entre las ilustraciones y el texto que se refiere a ellas? Hay algunos momentos en que es necesario buscar la reproducción a la que se refiere.

La bibliografía, bien organizada, seleccionada y apropiada para el tema se divide en una introducción general muy breve con obras comentadas, colecciones de pinturas y dibujos, fuentes manuscritas, obras coetáneas y obras actuales. Un índice analítico suficiente y útil, y unas notas concisas limitadas casi exclusivamente a información bibliográfica o a la procedencia de las referencias.

Sin embargo, ya en el ámbito de las valoraciones personales, considero al título como un reto que nos lanza a todos aquellos que nos dedicamos a temas afines. No es estrictamente la «visión europea» la que se expresa en las páginas del libro, sino básicamente la británica. El autor se pregunta en el prefacio a la primera edición —¿cómo vieron los primeros artistas profesionales el Nuevo Mundo del Pacífico?, su entrada en el mismo ¿estímulo el pensamiento y afectó de algún modo las formas tradicionales de expresión?— y si bien él contesta de un modo razonado y convincente a las cuestiones que él se plantea en el caso británico, también anuncia que sus tesis (pese a el título del libro) tienen que ser todavía corroboradas en otras partes de Europa.

No obstante, el libro resulta de una considerable calidad y, lo que no es demasiado frecuente, de una gran amenidad. Sobre todo si tenemos en cuenta que trabaja con una abundante cantidad de información de índole, si se quiere, erudita pero bien dosificada y nada «pegajosa». La amenidad pienso que está realzada para los no entendidos en la historia del arte, ya que las ilustraciones han sido escogidas con muy buen tino y valor pedagógico. El modo de desarrollar la obra permite, además, que el no entendido la realidad retratada, y a observar un cuadro. Estos últimos aspectos son especialmente valiosos para los antropólogos e historiadores de la ciencia puesto que transmite múltiples conocimientos necesarios para la comprensión de la realidad y mentalidad del momento, así como también suscita muchas ideas íntimamente relacionadas con las disciplinas arriba mencionadas.

En suma, un buen ejemplo de cómo deberíamos abordar en España empresas similares con respecto a la iconografía de las expediciones científicas, la historia natural o la etnografía.

Si bien es cierto que la sección de reseñas suele ocuparse de ediciones recientes, no es menos conveniente que ocasionalmente se interese por obras que se consideran clásicas o de un impacto extraordinario en el ámbito de su disciplina. De ambos justificantes podría valerme a la hora de presentar la obra póstuma de John Cawte Beaglehole sobre el capitán Cook; sin embargo, también quiero aprovechar esta valoración crítica para rendir un tardío homenaje a uno de los estudiosos y conocedores más prominentes en la historia de la exploración del Pacífico y presentar en este volumen sobre expediciones una obra que puede ser considerada prototipo en este área de conocimiento.

---

su isla natal por Cook durante su tercera y última exploración alrededor del mundo.

Procedente de ese nuevo y futuro «mare nostrum» oceánico, nace Beaglehole en Wellington, Nueva Zelanda. Quizá su procedencia sea uno de los determinantes clave de su aportación al conocimiento del Pacífico y la historia de su exploración. Rigor, meticulosidad, penetración y pasión por este océano, desde una perspectiva no europea o británica, se combinan en una producción que habla claramente de su trayectoria. Acometió la difícil y larga tarea de editar, logrando la ayuda de otros especialistas, los primeros diarios completos de los tres viajes de exploración de Cook alrededor del mundo (5). Editó también el diario de Sir Joseph Banks, naturalista que acompañó a Cook en su primer viaje de exploración a los Mares del Sur (6); publicó un interesante trabajo sobre la exploración del Pacífico (7) y un par de obras más estrictamente referidas a su país; *The Discovery of New Zealand* (Londres, 1961, 2.ª ed.) y *Victoria University College: an Essay towards a History* (institución en la que estudió y fue miembro). Catedrático de Historia de la «Commonwealth» británica en la Universidad Victoria de Wellington, fue reconocido en su tarea con varios doctorados «honoris causa», entre ellos uno por la Universidad de Oxford, y con la Orden al Mérito concedida por la reina Isabel de Nueva Zelanda (8) durante la celebración del bicentenario del primer viaje del capitán Cook al Pacífico.

La vida del capitán James Cook es la obra póstuma que culmina su prolongada tarea investigadora y docente. Muerto en octubre de 1771, y con la mayor parte del manuscrito revisada, se encargó de la revisión final su compañero de universidad e hijo, Timothy H. Beaglehole (véase a este respecto el Prefacio de este libro, pág. XI). La obra es una documentadísima y extensa biografía desarrollada en 760 páginas, 27 capítulos, y con más de cuarenta años de trabajo en sus líneas.

Su estructura, cronológica al modo tradicional, contiene asimismo una caracterización de la vida del navegante por etapas implícitamente indicadas en el texto que, a su juicio, construyen el contexto histórico en el cual podemos entender sus obras y comportamiento. Su desarrollo, matizado por múltiples factores que indica y condensa con precisión, adquiere así una construcción mucho más ambiciosa que la que muestran las biografías habituales sobre este marino. De este modo, sus ancestros (se remonta hasta los abuelos por línea paterna), su infancia, juventud y primeras experiencias en la mar componen la primera etapa que indica Beaglehole en su capítulo primero, «El Mar del Norte». Concepción que no sólo le conduce al registro de sucesos biográficos de mayor o menor importancia y dificultad en su localización, sino que además da pie para que recopile en la obra informaciones sobre cuáles eran las características de los barcos en los que aprendió Cook, cuál era la preparación técnica y práctica que recibió durante su etapa en los buques mercantes, o su experiencia y limitaciones en este campo. Con el

(5) *The Journals of Captain James Cook on his Voyages of Discovery...*, 3 volúmenes, Cambridge U. P. Publ. for the Hakluyt Society, 1955-68, Cambridge.

(6) *The Endeavour Journal of Joseph Banks, 1768-1771*, 2 vols. Public Library of New South Wales in association with Angus and Robertson, 1962, Sydney.

(7) *The Exploration of the Pacific*, 2.ª ed., 1974, Londres.

BEAGLEHOLE, John C.: *The Life of Captain James Cook*. Stanford University Press (Stanford, Ca., 1974), XI + 760 págs., ilustr., index, Bibliog., 24,5 × 16 cm.

(8) Si bien coinciden en la misma persona, la reina Isabel II de Inglaterra es también la reina de Nueva Zelanda.

segundo capítulo, «La Armada», se abre una también segunda etapa biográfica en la que, según el autor, Cook renuncia a ocupar su recién adquirido puesto de capitán de la marina mercante para, perdiendo comodidad, seguridad y dinero, ingresar en una Real Armada en la que no podía tener grandes expectativas de prosperar en virtud de su origen y valedores. Sin embargo, pronto alcanza el rango de capitán (Master) con el que afrontará su primera y última campaña militar en las costas atlánticas de Norteamérica y Terranova (cap. 3, «El Capitán»). Una experiencia militar en la guerra franco-británica por la posesión del Canadá que él, en virtud de su encuentro con Samuel Holland (teniente de Artillería y cartógrafo) y su interés por la ciencia o las «luces», convierte en un período de aprendizaje durante el cual amplía sus conocimientos teóricos y prácticos, realizando algunas buenas cartas sobre el río San Lorenzo, parte de la costa de Nueva Escocia y Terranova.

La segunda etapa implícita a la que nos referimos ocupará el resto de su vida, y se divide, también según la estructuración de su biógrafo, en cinco períodos básicos: siendo el primero su aprendizaje y experiencia bélica, al que ya nos hemos referido, y las siguientes su estancia como cartógrafo real en Terranova (cap. 4, «Terranova»), y el resto sus tres expediciones al Pacífico. No omite dentro de esta periodización la inclusión de los precedentes científicos y de exploración, así como los preparativos y pormenores de su primer viaje (caps. 5 y 6), Por ello, y en buena lógica, tampoco obvia los preparativos de los demás viajes de Cook, viajes o exploraciones que Beaglehole organizará siguiendo su modelo habitual, suma de componentes que nos ayuden a comprender y conocer la trayectoria del navegante. Así, el primer viaje, como los dos restantes, se dividirán en estancias relevantes en determinadas islas o áreas del Pacífico, búsquedas y rastreos de nuevas tierras, y períodos «intermedios» entre viaje y viaje (caps. 7-25). Beaglehole añade como conclusión dos capítulos dedicados a la finalización del viaje de exploración tras la muerte de Cook y un bello epílogo repleto, ahora sí, de afecto del biógrafo por su personaje (caps. 26 y 27).

La bibliografía, si bien es bastante selecta, resulta amplia. Se organiza en varias secciones: manuscritos, lista sumaria de manuscritos impresos o descritos en los diarios de Cook y Banks, que fueron publicados por Beaglehole (que, a su vez, se subdivide en diarios y cuadernos de bitácora de cada uno de los tres viajes, cartas y otros papeles del Almirantazgo, diferentes viajes o resultados, y colecciones de documentos), cartas y bitácoras para la costa este de Norteamérica, y publicaciones. Lo que en suma constituye una muy completa lista de documentos, dispersos por todo el mundo, cuyas referencias y orígenes nos permiten su inmediata localización.

La forma que adopta para el desarrollo del tema es, a nuestro juicio, coherente con la organización general que da la obra. Si bien hay que tener en cuenta que la revisión final no es totalmente suya, es importante destacar que sus primeros 19 capítulos ya estaban listos para la imprenta. Los capítulos se encuentran fragmentados, de suerte que no existe una continuidad lineal estricta en el relato. Así puede interrumpirse el mismo con algunos excursos que completan o confieren otra dimensión a la cuestión abordada en ese momento. La técnica adoptada afecta directamente al contenido de la obra, no sólo en los aspectos a los que ya nos hemos referido, sino que, además, aleja el foco de mira del investigador sobre el protagonista centrándose en temas generales necesarios para el cabal conocimiento de la época del personaje, así como sus reacciones. De modo que se pueda superar, en alguna medida, la concepción parcial y sesgada (con defensa del «héroe» Cook) que

sobre él pueda tener el autor. Ahora bien, semejante técnica no contribuye a dar, en algunos momentos, ligereza al texto, de modo que puede resultar en contados pasajes excesivamente minucioso o lento para el lector.

Por todo ello es por lo que la reseña de este monumental mosaico sobre la vida de una de las figuras clave de la exploración del Pacífico durante el siglo XVIII es también, el mejor homenaje a un especialista, John Cawte Beaglehole, que supo confundir su pasión con el rigor científico de un buen historiador. Valgan, pues, para él las palabras que, adaptadas a sus «exploraciones», dijo sobre sí mismo Cook al toparse con icebergs en su incesante búsqueda del continente austral: «Pese a tener la ambición no sólo de ir más lejos que nadie antes que yo, sino incluso de ir tan lejos como fuera posible ir al hombre, no me sentí molesto de hallar este obstáculo, pues en cierto modo era una liberación y en todo caso nos acortaba los peligros y las privaciones inseparables de una navegación por las regiones polares meridionales» (9).

FERNANDO MONGE

GARCILASO DE LA VEGA, *El Inca: La Florida del Inca*. Edición de Sylvia L. Hilton. Madrid, «Historia 16», 1986, 599 págs.

Hernando de Soto preparó y dirigió hasta su muerte a orillas del río Mississippi una gran expedición a Norteamérica, que duró de 1539 a 1543, y de la cual se conservan sólo cuatro testimonios. Dos de ellos, los de Hernández de Biedma y Rodrigo Ranjel (este último rescatado a través de Fernández de Oviedo), son muy breves; el tercero, más largo y detallado, es el escrito por el anónimo Hidalgo de Elvas; y el cuarto, mucho más elaborado, es *La Florida del Inca*, escrita por Garcilaso de la Vega tomando como base los recuerdos, dictados a viva voz, del superviviente de la expedición Gonzalo Silvestre, cuya versión cotejó posteriormente con las de Juan Coles y Alonso de Carmona, según atestigua el propio Garcilaso.

La expedición de Soto fracasó, como las anteriores de Ponce de León, Vázquez de Ayllón y Pánfilo de Narváez. Resultó ser una gran decepción para los participantes, al no descubrir grandes riquezas minerales u otros recursos de explotación fácil, pero durante cuatro años atravesaron inmensos territorios, desconocidos hasta entonces, y trataron con muy diversos pueblos indígenas desde Florida y Georgia hasta Texas y Arkansas.

*La Florida del Inca* es una obra apasionante, llena de colorido, de acción y de humanidad, en la cual se hallan hermanadas una magna historia, digna de ser contada y recordada, y un narrador que reúne unas cualidades humanas y literarias inigualables. Nos hallamos ahora ante una edición de bolsillo de dicha obra; una edición cómoda, accesible al gran público, cuyo texto, gracias a la modernización de la ortografía y la puntuación, resulta de lectura fácil y amena.

Ahora bien, el propósito divulgador del texto no debe inducir a suponer que se trata de una edición carente de valor científico. Nada más lejos de la verdad. Una rápida ojeada a las ciento cincuenta y ocho notas que acompañan

(9) James COOK: *Los tres viajes alrededor del mundo*, José J. de Olañeta, tomo II, 62 (Barcelona, 1982), y obra reseñada pág. 367.